



CAPÍTULO XXXIV

LAS EXPOSICIONES REGIONALES Y UNIVERSALES DURANTE EL CENTENARIO SU INFLUENCIA EN EL ADELANTO DE LAS ARTES

COMO quiera que tanta influencia han ejercido para el movimiento progresivo de las artes, de las ciencias y de la industria las grandes Exposiciones, las cuales precisamente durante el centenario que acabamos de recorrer, han tenido lugar especialmente, lógico es que en nuestra obra tengan preferente lugar, y para este efecto hemos querido reservarlas y dar noticia de ellas en un solo capítulo.

Hemos dicho que en el centenario que acabamos de recorrer ha sido donde especialmente han ejercido su influencia estos grandes certámenes de los humanos conocimientos, porque también somos de los que participan de la idea de que las Exposiciones son de más antiguo origen que de 1798, en que tuvo lugar la primera de París.

Creemos que aquellas antiguas ferias que constituían verdaderos acontecimientos para las ciudades donde tenían lugar, así en España como en Francia, en Inglaterra, como en Alemania y en Italia como en Rusia, no eran más ni menos que unas Exposiciones, donde ofrecían sus productos los pueblos más ó menos retirados de aquel en que se exponían, puesto que siendo las transacciones verificadas en ellas de gran importancia, cada industria, cada oficio, cada arte, procuraba mostrar lo mejor, naciendo de aquí la emulación para la feria siguiente.

Entonces, llamábanse modestamente ferias, aquellas vastas reuniones celebradas en grandes exten-

siones de terreno, ya dentro, ya fuera de las ciudades, y con motivo de la fiesta de algún santo ó de la conmemoración de algún acontecimiento importante.

En aquellas ferias exhibíanse tejidos, desde lo más ordinario hasta lo más rico; la cerámica, la cristalería, los objetos de hierro, la agricultura, todo estaba representado en ellas, y si bien la exhibición de saltimbanquis, de fenómeos extraños y de embaucadores de todo género, constituían uno de los atractivos de ellas, los más importantes eran los que representaban lo útil, lo necesario, la mejora en los productos y la economía en los mismos.

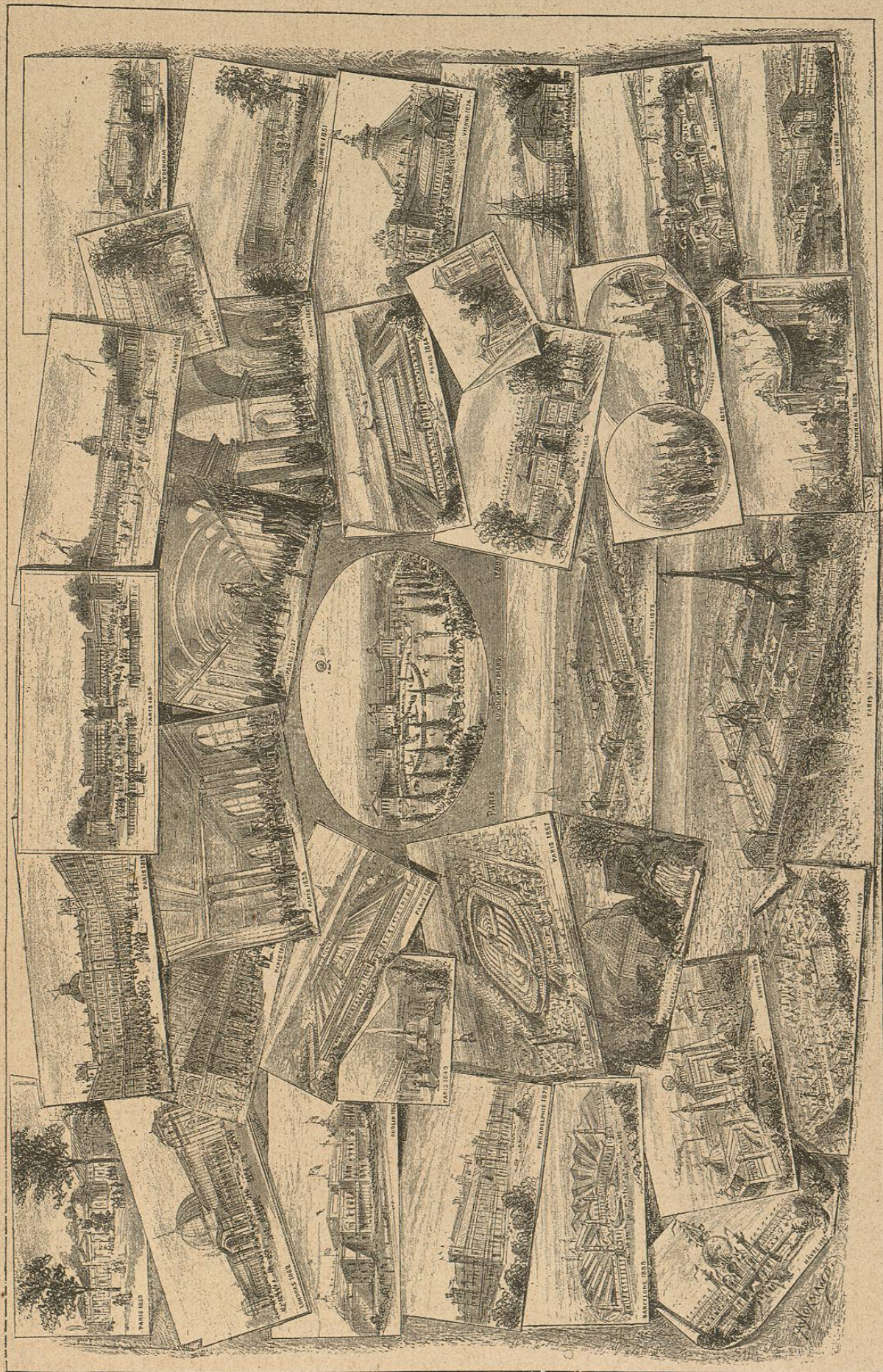
Esto fué indudablemente, la infancia de estas Exposiciones que tanto han llamado la atención después, y que en realidad tanta importancia han ejercido en la historia, la industria y las artes.

Los mercaderes llevaban entonces una especie de alta y baja de las ferias que había durante el año, las que eran más concurridas y la clase de productos que tenían en ellas más fácil salida.

De aquí nacían los pedidos respecto á los objetos que necesitaban, y en virtud de esto los industriales á su vez procuraban, según el gusto dominante, preparar todo aquello que representara alguna mejora sobre lo presentado en la feria anterior.

En Francia llegaron á fijarse locales determinados para estas ferias, rodeándoles de muros.

De esto nació también el establecimiento de los



grandes mercados con carácter fijo, á los cuales podríamos llamar el embrión de las Exposiciones regionales, puesto que en un día determinado de cada semana, á ellos afluían los productos de toda la comarca.

Como que en estos mercados las familias hacían sus aprovisionamientos para toda la semana, y la dificultad de las comunicaciones hacía imposible el que los vecinos de una localidad fueran á comprar los artículos de lujo á las ciudades más importantes, era necesario que en aquellas ferias, mercados, etcétera, no sólo estuviera representado lo indispensable y necesario, sino también lo superfluo y lo de lujo y ostentación.

Así pasaron aquellas edades, aumentándose más el número de ferias y mercados según iban aumentando las necesidades de los pueblos, hasta que finalmente, al dar la revolución al traste con onerosos privilegios, con rancias preocupaciones y con miras egoístas, se comprendieron las ventajas que para las necesidades de la nueva vida que daba comienzo podrían tener las Exposiciones, y la de 1798 demostró lo que habían de ser andando el tiempo las sucesivas.

Las Exposiciones universales comenzaron por modestas Exposiciones de los productos de la industria.

La primera que se inauguró en Europa data, como hemos dicho, de 1798; tuvo lugar en el Campo de Marte y no duró más que una semana: ciento diez industriales, de los cuales setenta pertenecían al Departamento del Sena, fueron á instalar sus productos en un recinto rectangular compuesto de sesenta y ocho arcadas, junto á un anfiteatro construído para las «fiestas de la Libertad».

Bien lejos se estaba entonces de prever las consecuencias de estas grandes luchas industriales de las naciones.

Todas las ideas habíanse vuelto hacia la guerra, y los fundadores de esta primera Exposición, que era pacífica en apariencia, ellos mismos habían querido darle un carácter bélico.

Sesenta años más tarde, Inglaterra que les quiso imitar, abrió á la industria del mundo entero el célebre Palacio de Cristal, bajo los auspicios de la paz universal, y en ella Francia alcanzó una ruidosa victoria.

Lo que al principio no fué más que una lucha de industriales de un solo pueblo, tendía ya á tornarse en un concurso general, periódico, de todas las fuerzas productivas del universo.

Sería per demás injusto no consignar en este si-

tio que á la nación francesa cabe el honor de haber ejercido una influencia considerable en la solución de las cuestiones económicas, organizando y desarrollando las Exposiciones, que proveen de elementos nuevos, así de apreciación, como de comparación.

La primera Exposición de 1798 no fué ciertamente muy brillante. Francia, salida apenas de las agitaciones interiores y exteriores, más había combatido que trabajado. Solamente diez ó doce expositores obtuvieron medallas, y unos veinte menciones honoríficas.

El 9 fructidor del año VI (1798), el Ministro del Interior que tenía en sus atribuciones las artes y manufacturas, puesto que entonces el Ministerio de Comercio no había sido creado aún y mentos todavía el de Industria y Comercio, dirigió á las autoridades departamentales una circular para anunciarles que el Gobierno de aquella época que era el Directorio, tenía el proyecto de ofrecer al público un espectáculo de nuevo género, á saber: el de una Exposición de los productos de la industria francesa.

Es preciso señalar esta expresión «un espectáculo», porque está bien demostrado que así el Gobierno lo entendía; contaba dar una fiesta, una fiesta de más, y esta fiesta debía coincidir con aquella que se celebraba todos los años por la fundación de la República, el 1.º vendimiario (22 de Septiembre), debiendo durar los cinco días complementarios que cerraban, como se sabe, el año republicano, mientras que el primero vendimiario inauguraba el nuevo año.

Fiel á la tradición y para marchar sobre las huellas de sus predecesores, el Directorio no dejaba escapar ninguna ocasión de atraer al pueblo al Campo de Marte y ofrecerle juegos y espectáculos tan variados como posible fuera. Para secundarle en este camino había encontrado en la persona de su Ministro del Interior, Francisco Neufchateau, un auxiliar precioso.

A las fiestas ya establecidas, fiesta del 14 de Julio, fiesta del 10 de Agosto, fiesta de la libertad, etcétera, él había añadido otras nuevas, entre las cuales la más reciente era una ceremonia de un carácter bastante original, imaginada este mismo año (año VI) y que estaba destinada, bajo el nombre de «Fiesta de la soberanía del Pueblo», á recordar á los electores la alta importancia de sus derechos políticos.

Más, era sobre todo la fiesta del 1.º vendimiario, la que debía recordar el establecimiento del

nuevo régimen, á la que el Directorio procuraba dar mayor brillo y más atracción, introduciendo nuevos elementos.

Lo que la había puesto en boga, era la fiesta organizada en el transcurso del año para celebrar la entrada triunfal de los monumentos de artes y de ciencias conquistados por el ejército francés durante la gloriosa campaña que había terminado el tratado de Campo Formio.

Después del éxito ruidoso de aquella fiesta, la celebración de la del 1.º vendimiario hubiese resultado muy pálida, si el Directorio no encontrara el medio de sobrepujar el éxito, por medio de algo inusitado, y como en estas ocasiones era Francisco de Neufchateau quien le sacaba del apuro, como era igualmente él quien había arreglado todos los detalles de la fiesta celebrada anteriormente por los funerales de Hoche, también fué á Francisco de Neufchateau á quien el Gobierno se dirigió en estas circunstancias. Según parece, el Ministerio tuvo Consejo, en el cual se emitieron diversas opiniones, entre las cuales quedó adoptada la idea de aquél, proponiendo una Exposición de los productos de la industria francesa, con la cual se festejaría el próximo 1.º vendimiario.

El programa consignaba que la Exposición debía tener lugar en el sitio donde desde el principio de la revolución se habían celebrado todas las fiestas nacionales, es decir, en el Campo de Marte.

Como que debía preceder á la fiesta anual por la fundación de la República, que se celebraba el 1.º vendimiario año VII de la República, la Exposición había de tener lugar en los últimos cinco días del año VI, días que servían de complemento al año republicano.

En el Campo de Marte, y á continuación del anfiteatro que ocupaba el centro, debía estar preparado un recinto cuadrado, rodeado de pórticos, bajo los cuales serían depositados los objetos enviados por los fabricantes y manufactureros franceses.

Para ser admitido, bastaba justificar su nacionalidad y asegurar que no expondría más que objetos de su propia industria. Nigún género estaba excluido; pero el Gobierno se tomó el cuidado de no admitir sino aquello que los fabricantes tuviesen de más perfecto.

Garantizóseles que durante el transcurso de la Exposición la autoridad velaría de una manera especial por la seguridad de las propiedades, así como también por la de las personas, lo que en aquel tiempo no era por cierto una precaución inútil.

La solemne apertura de la Exposición debía tener lugar en la mañana de la primera *sansculottida* por el Ministro del Interior acompañado de las autoridades y del jurado de la Exposición, jurado nombrado por el Gobierno y que debía ser escogido entre los mejores manufactureros y los sabios más conocidos en las artes industriales.

El último día complementario, este jurado recorrería los pórticos y examinaría los objetos expuestos, designando luego á los doce fabricantes ó manufactureros dignos de ser citados como modelos cuyos productos serían separados de los otros y expuestos en pabellón distinto levantado en medio del recinto, y que se denominaría Templo de la Industria. En él, cada tarde, una numerosa orquesta ejecutaría las mejores composiciones de la época, mientras que los pórticos estarían iluminados.

El último de los días complementarios, serían las grandes fiestas, las salvas de artillería, fuegos artificiales y toda clase de regocijos, y como el día inmediato era el 1.º vendimiario, nueva fiesta había de cerrar dignamente aquel hermoso período.

La Francia de aquellos días quería honrar cual se merecía aquella primera exhibición de las fuerzas vivas del país, de las verdaderas fuerzas que constituyen la prosperidad y el adelanto de un pueblo.

El ensayo, porque en medio de todo, la primera Exposición á que nos referimos, no fué otra cosa que un ensayo, tuvo un admirable resultado y se vieron en ella los productos de la industria nacional, y se despertó la emulación buscando la competencia, cuando se instituyó un premio para el industrial que pudiese dar un golpe más terrible á la industria inglesa, premio que consistía en una medalla de oro, única entre todos los demás premios.

Para el año siguiente, había acordada otra Exposición, pero no pudo tener efecto y hubo que aplazarla para el año 1801 en que se verificó por fin, habiéndose presentado en ella 229 expositores, una mitad más que hubo en la primera.

Las Exposiciones de 1801 y 1802, circunscritas á los salones del Louvre, contando respectivamente con 28 y 540 expositores, fueron importantes porque en ellas se dieron á conocer nombres que después fueron célebres: Jacquard por sus manufacturas, Carcel por sus lámparas, Ternaux por sus tejidos de lana, Montgolfier por sus papeles, Tauler por sus tafiletes, Ubschneider (de Sarreguemines) por sus porcelanas; 43 departamentos estuvieron allí representados.

Fué en 1802 cuando aparecieron los primeros cha-

les de cachemira imitados á los de la India, según las muestras llevadas por los oficiales de la Expedición de Egipto: 22 medallas de oro fueron distribuidas y Lyon, Nimes, Avignón, Tarare, Elbeuf, Louviers, Sedán, Mulhouse, brillaron con un nuevo resplandor.

La Exposición de 1806, en la Explanada de los Inválidos, no duró más que seis días, pero obtuvo 1,422 expositores.

Un intervalo de trece años transcurrió antes que la restauración resucitase la tradición de estos concursos industriales, que Chaptal denominaba «ferias nacionales». El Louvre recibió en 1819 los productos de 1,662 expositores; en 1823 los de 1,648, y

en 1827 los de 1,795; la primera de estas exhibiciones hubo de ser prolongada un mes, á petición de los visitantes, felices de admirar la marcha ascendente de la industria nacional en Lyon, Mulhouse, Rouen, Cambrai, San Quintín, Roubaix, etc.

Al Gobierno de Julio, le estaba reservado presentar la más brillante serie de Exposiciones verificadas hasta estos últimos años, en las que ocuparon distinguido lugar las manufacturas francesas.

La de 1834 eclipsó la de 1827, como ésta había hecho olvidar las anteriores. Había reunido 2,147 expositores en la plaza de la Concordia, y contribuyó á dar á las Exposiciones, hasta entonces simples torneos industriales, un carácter de utilidad econó-



OMER BAJA

mica incontestable, merced á instructivas comparaciones.

En la inmensa arena de los Campos Elíseos se reunieron durante tres meses un ejército de 3,381 expositores, en 1839; de 3,960 en 1844; de 4,194 en 1849. El número de los premiados con medallas, pasó de un millar.

La emulación había llegado á ser general en toda Europa y en Bélgica, en Rusia, en Prusia, en Austria y en España se organizaron Exposiciones.

Por imperfectas que fuesen estas tentativas, se pudieron apreciar las principales industrias, y cada país aprendió á conocerse mejor.

La primera Exposición universal debía tener lugar en París en 1849. El Gobierno esperaba que después de las conmociones de 1848 volvería á tomar su rango industrial y comercial, y se proponía

invitar á las naciones extranjeras á esta lucha pacífica. Pero su proyecto, apenas conocido, fué considerado por las Cámaras de Comercio proteccionistas, como una amenaza para los intereses nacionales. Los organizadores quedaron convencidos y fué preciso renunciar á esta fecunda innovación.

Aun cuando reducida en los límites de la Francia la Exposición de 1849, en los Campos Elíseos, no fué menos notable por los progresos reales añadidos á todos los ramos de la industria, á pesar de las catástrofes que la habían hecho vacilar: 4,194 expositores se encontraron en la cita.

El verdadero resultado de las Exposiciones francesas, iba bien pronto á demostrarse á los ojos de todos, é Inglaterra no tardaría en realizar el gran pensamiento que los prohibicionistas franceses habían hecho abortar y que debía atravesar la Mancha